

STALKER

ARKADI & BORIS STRUGATSKY

La Casa del Guía

Durante una temprana mañana de invierno, se vislumbra una vivienda sórdida y llena de trastos, mientras en el exterior reinaban las tinieblas. De pronto, un hombre taciturno apartó la frazada y se levantó silencioso desde la cama. Tomó entre los brazos su ropa y salió de puntillas hacia el cuarto de baño donde comenzó a vestirse. Sin embargo, no advirtió que en el umbral del cuarto de baño aparecía su mujer, desgreñada y soñolienta, desaseada, en ajado camisón de dormir.

—¿Adónde vas tan madrugador?

Él no respondió. Sin duda había sido atrapado.

—A buscar sapos en la tierra... Volveré pronto. Tengo un asunto. Tú duerme —dijo después.

—¿Qué quiere decir *pronto*?

—Te he dicho que volveré y basta. Tú duerme.

—No mientas. Sé a donde vas. Ni se te ocurra. No te dejo que vayas.

—¡Cálmate! Y no grites...

—No quiero que vayas. Me lo decía el corazón: ¡otra vez a las andadas! ¿Quieres que te metan entre rejas?

—Vale más la cárcel que..., que esta vida. Para mí, basta.

—Tú no te vas a ninguna parte.

Él se enderezó bruscamente. Ella gritó:

—¡Anda, pégame, pégame, eso sí puedes hacerlo! ¿Por qué no me pegas? ¡Calzonazos, eres un calzonazos! ¿Dónde está tu palabra? ¡Mira en lo que te has convertido!

—¡Cálmate te digo! Vas a despertar a la criatura...

—¡Y la despertaré! ¡Qué vea a su papito! ¡Mira lo que eres! Dime, ¿dónde está tu palabra? ¿Dónde? Como un ladrón, de puntillas...

—¡Es lo que soy, un ladrón! ¡Con lo que me sales ahora! ¿Has descubierto América? Pero no se lo quito a la gente... ¡He dicho que te calmes!

—No, ahora no me calmaré. Durante cinco años fuiste a la Zona y estuve callada. Esperando a cada instante que te atraparan. Callé mientras estuviste en la cárcel. ¿Me oíste decir una sola palabra, eh? ¡Dos años sin ver en esta casa un centavo, y yo callando! La pulsera, el recuerdo de mi mamá, la robaste, te la jugaste en el hipódromo, ¿o crees que no sé lo que fue de ella?

—¿Te vas a callar o no?

—Óyeme. ¡Te lo pido! Nunca te pedí nada. Si quieres me pongo de rodillas... Espera, espera un momento, vuelvo en seguida...

La mujer salió corriendo desde el cuarto de baño y regresó con un sobre en las manos.

—Mira, aquí tienes dinero, ¿lo quieres? Tómallo, vete con tus amigos a las carreras..., a lo mejor tienes suerte.

—¿Qué me das? ¿Estás loca? Si ese dinero lo guardamos para el médico...

—No importa, ya conseguiré más. Pediré prestado... Pero no vayas allá.

—¡Cálmate de una vez! ¿Puedes callarte? No pedirás prestado, nadie te dará más... ¡Mira a quien te pareces! ¡No podemos seguir viviendo así!

—¡Pero si me lo habías prometido! ¡Me habías dado tu palabra!

—Fui un imbécil, por eso te la di. ¡Tú misma tienes la culpa! ¡Tú misma me has llevado a este extremo! ¿Quieres que yo, un Stalker, pida limosna? ¿Que viva de tu dinero? Basta. Mejor será que no me estorbes.

—¡Pero si te han prometido trabajo! ¡Tú mismo me lo dijiste! ¡Tú ibas a trabajar en un taxi!

—¡Maldición, otra vez me sales con lo del taxi! ¿Cuántas veces te lo tengo que decir? ¡No trabajaré para ellos! ¡Nunca he trabajado para nadie! ¡Que trabajen ellos para mí! ¡Déjame pasar!

—¡No quiero!

—Yo dejé de ir allá, ¿y qué ha cambiado? ¿Se ha puesto bien la niña? ¿O tenemos más dinero?

—Y si tú no vuelves, ¿qué será de nosotras?

—¡No seas pájaro de mal agüero! Y si no vuelvo..., ¡merecido me lo tengo! —empujó a la mujer.

—¡Bueno, lárgate! —gritó la mujer, apartándose—. ¡Ojalá te pudras allá! ¡Maldito sea el día en que te conocí! ¡Sabandija! ¡Te maldijo Dios dándote esta criatura! ¡Y a mí por tu culpa, canalla! ¡Ladrón! ¡Ladrón! ¡Ladrón!

En ese instante, mientras la niña rompía a llorar, él salió al rellano dando un portazo.

Una bombilla sin pantalla iluminaba vivamente el sórdido descanso.

Un tramo más abajo, en un rincón del rellano, se tambaleaba un hombre bien vestido, sin sombrero, con el gabán manchado. La ancha bufanda floreada se le había salido y colgaba hasta el suelo. Mirándolo de cerca, se veía que el desconocido estaba más borracho que una cuba.

La Cafetería

El Stalker atravesó una manzana de casas por la calle oscura y embarrada bajo la nieve húmeda. Entró en una cafetería, de esas abierta día y noche. No había casi nadie en el interior y el tabernero dormitaba tras la barra.

Sentado a una mesa, el Científico tomaba café. Al ver al Stalker consultó su reloj, pero éste le hizo una seña con la mano.

—Aguarda, voy a tomarme un café.

Tomó una taza de café desde la barra y se sentó frente al Científico, bebió unos sorbos. El Científico lo miraba con curiosidad.

—Bueno, tú no te hagas muchas ilusiones —dijo el Stalker—. Puede ser que volvamos con las manos vacías. Eso depende del tiempo... Conque no te alegres por adelantado. Vamos. ¿No has olvidado la linterna?

—No, está en el auto.

Ambos salieron de la cafetería y subieron en un automóvil que se encontraba estacionado en las cercanías. El Stalker se sentó al volante e hizo arrancar el vehículo.

La Quinta del Escritor

Todas las ventanas se vislumbraban profusamente iluminadas. También se escuchaba música, voces beodas y risas de mujer. A la puerta de la verja estaban el Escritor y uno de sus visitantes. El Escritor llevaba una larga gabardina negra y una bufanda de punto. El visitante se ubicaba ante él, con una botella empujada y una copa en las manos.

—¡Querido! El mundo es un aburrimiento —dijo con énfasis el Escritor, tambaleándose y agitando un dedo—. Más aburrido que una ostra y por eso no puede haber ni telepatía, ni fantasmas, ni platillos voladores. Nada de eso...

—Sí, pero el memorando de Campbell... —objetó débilmente el visitante.

—Campbell es un romántico. *Rara avis in terris*, como ya no los hay. El mundo se rige por leyes férreas, y eso es aburrido hasta el extremo. ¿Nunca se ha dado cuenta usted que algo es interesante sólo cuando ellas se vulneran? Jamás. No saben vulnerarse. Y no confíe en los platillos voladores de ninguna especie: eso sería demasiado interesante...

—Pero el Triángulo de las Bermudas... No va a discutir usted que...

—Sí. Lo discuto. No existe ningún Triángulo de las Bermudas. Existe el triángulo a-b-c que es igual al triángulo a-prima, b-prima, c-prima... ¿Usted siente que fastidioso aburrimiento encierra esta afirmación? La Edad Media sí que era interesante. Había brujas, fantasmas, gnomos... Cada casa tenía su duende, en cada iglesia estaba Dios... La gente era joven, ¿comprende usted? Pero ahora de cada cuatro uno es un viejo. Que aburrimiento, ángel mío. ¡Ay, que aburrimiento!

—Pero usted no va a discutir que la Zona es una creación de una supercivilización que...

—Pero si la Zona nada tiene que ver con alguna supercivilización. Simplemente se ha manifestado otra pícara y aburrida ley que antes no conocíamos... Y aunque sea de una supercivilización..., también es seguramente un aburrimiento. También tendrán sus leyes, sus triángulos y nada de duendes, ningún dios...

De pronto se escuchó el zumbido de un automóvil. El Escritor se volvió hacia él.

—Vienen por mí —dijo—. Adiós, amigo del alma... —Le quitó la botella al visitante y se encaminó hacia el auto.

Al resplandor de los faros, junto a la portezuela del conductor, apareció una cara risueña y húmeda que al instante se alargó con perplejidad.

—Perdón —profirió el Escritor—. Creí que venían por mí.

—Por usted, sí. Por usted —dijo el Guía—. Siéntese atrás.

—Ah, está usted aquí..., encantado. Pero, ¿quién es ese tipo? Me parece que lleva gafas... —dijo el Escritor.

—¡Rápido!

El vehículo arrancó y el Escritor se desplomó sobre el asiento trasero.

—Debo decirles —pronunció tartamudeando—, que me he llevado una pequeña sorpresa, ¿de dónde han salido las gafas? ¿Por qué mi guía usa gafas?

El Científico apretó los labios.

—¡Las gafas, dé las vueltas que quiera, son un síntoma de intelectualismo! —pontificó el Escritor.

El Guía pronunció por encima del hombro:

—¿Ha estado empinando el codo?

—¿Yo? ¿En qué sentido...? De ninguna manera. No estuve empinando el codo. He tomado unas copitas, sí. Antes de marchar a pescar. Porque ahora vamos de pesca, ¿no?

El Puesto de Guardia

El auto se detuvo en un camino vecinal. En torno a él se divisaban matorrales confusamente húmedos. El Guía se bajó silenciosamente del auto y se dirigió hacia donde, al final del camino, brillaba el húmedo asfalto. El Científico se bajó también, le dio alcance y comenzó a caminar junto a él.

—¿Para qué ha traído usted a ese intelectual? —preguntó.

—No importa —respondió el Guía—. Se serenará. Se lo prometo. —Y tras dar una pausa, añadió—: Por otra parte, su dinero no es peor que el de usted...

El Científico lo miró rápidamente, pero no volvió a abrir la boca. Se detuvieron en una encrucijada y desde los matorrales observaron al Puesto de Guardia que estaba en la carretera, unos cien metros más adelante. En la pequeña caseta había luz en la ventana. Al lado, al resplandor lívido de un potente reflector, se perfilaban dos motos con *sidecar* y un auto de patrulla blindado. A la derecha y a la izquierda de la carretera, se alejaban a través de las colinas los muros protegidos con alambrada y torrecillas armadas con ametralladoras. Las puertas de la Zona estaban abiertas de par en par.

—La patrulla —dijo el Guía.

—Están todos dormidos —musitó el Científico—. Hay que tomar carrera y pasar a toda velocidad... No tendrán tiempo ni para parpadear.

—Eres un estratega —dijo el Guía—. Apura y embate...

En seguida, el Guía observó hacia abajo, al edificio del Puesto de Guardia sobre el cual descendía lentamente la niebla ajironada y gris. Dentro de unos minutos la niebla se tragaría el edificio del Puesto de Guardia, la puerta de la cochera y el muro. En la niebla gris oscilaba una mancha pálida de luz, como un farol ahogándose.

—Así es mejor —dijo el Guía.

Regresaron rápidamente al vehículo y el Escritor, que se había dormido en el asiento trasero, se incorporó.

—¿Eh? —pronunció con voz estentórea—. ¿Hemos llegado?

El Guía se volvió y, agarrándole la cara con los cinco dedos, lo empujó con fuerza. El Escritor, estupefacto, abrió desmesuradamente los ojos; luego dijo en un susurro:

—Entendido..., entendido... Me callo.

El auto arrancó, salió lentamente a la carretera, viró y despacio, muy despacio, en plena correspondencia con las señales luminosas del badén que limitaban la velocidad, rodó frente al Puesto de Guardia. Cuando ingresó en el haz de luz del reflector arremolinado en la niebla, en su negra y húmeda carrocería se vio una inscripción en tres idiomas:

«*ONU Instituto de Culturas Extraterrestres*»

Inesperadamente, detrás tableteó una ráfaga de ametralladora. En la niebla se encendió el reflector violáceo de la guardia. El auto corrió entre las tinieblas a toda velocidad por el húmedo camino. El Guía, con una colilla apagada en la comisura de los labios, manejaba el volante.

El resplandor de los faros arrancaba destellos a las gafas de su vecino de la derecha. El Escritor, adelantando el torso, se sujetaba con ambas manos al respaldo del asiento delantero y miraba fijamente hacia la carretera. Ya se había serenado lo suficiente.

El Guía quitó gas y el auto, con los faros apagados, se deslizó cautelosamente por el camino, se hundió en la cuneta, salió de ella y, resoplando el motor, se metió entre unos matorrales. Luego se detuvo el motor, se apagaron las luces de posición, y la voz del Guía pronunció entre las tinieblas:

—Rápido. Síganme a rastras. No levanten la cabeza, la mochila llévenla así, a la izquierda. No teman, no nos ven. Si tocan a alguien, no hay que gritar ni correr. Si nos ven nos matan. Hay que arrastrarse hacia atrás y salir de la carretera. Por la mañana nos recogerán. ¿Está todo claro?

—Yo tomaría un traguito... —dijo en voz baja el Escritor.

—Calma, borrachín... Vamos.

Antes de la Partida

Se observa un túnel oscuro, carente de iluminación. Los rieles comienzan a brillar según la luz danzante de la linterna eléctrica. Los tres se encaraman a la estrecha plataforma de una vagoneta automotriz. Una chispa azul ilumina con estruendo y por un instante la húmeda bóveda. Junto a ellos pasa una bombilla que arde a media luz.

—Qué bonito —dijo el Escritor—. Más oscuro que la boca de un lobo. No se ve nada. ¿Es verdad que usted es profesor?

—Sí.

—Yo me llamo... —comenzó el Escritor, pero el Guía lo interrumpió.

—Tú te llamas Escritor.

—Hum... —dijo el Profesor—. En ese caso, ¿cómo me llamo yo?

—Tú te llamas Profesor —respondió el Guía.

—A mí me llaman Profesor y soy profesor.

—Encantado —dijo el Escritor. Pues yo soy escritor y a mí, como es natural, todos me llaman, no se por qué, Escritor. ¿Se imaginan lo molesto que es?

—¿Es usted un escritor famoso?

—No. Sólo de moda.

—¿Y qué escribe usted?

—Cómo decírselo... Principalmente de lectores. Ellos no quieren leer otra cosa.

—Creo que tienen razón —indicó el Profesor—. Seguramente no vale la pena escribir de otra cosa.

—No tienen razón. En general, no vale la pena escribir..., de nada. ¿Y usted es químico?

—Más bien físico.

—También debe ser aburrido, ¿no?

—Es posible. Sobre todo cuando no se tiene suerte en mucho tiempo...

El túnel ha quedado atrás. En las tinieblas del amanecer, iluminada por las chispas del trole, la vagoneta eléctrica está rodando por el terraplén.

—Pues para mí, al revés —dijo el Escritor—. Me aburro cuando la suerte me acompaña mucho tiempo...

—¿A quién acompaña la suerte mucho tiempo? —inquirió el Guía—. Si tú pierdes cada día en las carreras.

—¿Estimado *Ojo de Lince!* —sermoneó el Escritor—. El Profesor y yo hablábamos de otras carreras bien distintas. Cabalgamos toda la vida, y eso nosotros no lo llamamos *steeplechase* sino el reflejo de la realidad objética o, hablando en lenguaje de los profanos, la búsqueda de la verdad. Ella se esconde, y nosotros la buscamos. La encontramos, la atrapamos, nos divertimos y seguimos corriendo. ¿No es cierto, Profesor?

—Mi verdad, en todo caso, no se esconde —respondió el Profesor—. «Dios es astuto, pero no malintencionado».

—El Diablo —corrigió el Escritor.

—Einstein decía «Dios» y se refería a la Naturaleza.

—Pero los maniqueos decían «el Diablo» y se referían al Diablo. Pues bien, su diablo, quizás, no sea malintencionado: escondió la verdad de ustedes al comienzo mismo una vez y no ha vuelto a acordarse de ella. Y ustedes andan cavando tan pronto en un lugar como en otro. Cavan en uno, ah, el núcleo está formado por protones. Cavan en otro, ¡que hermosura!, el triángulo a-b-c es igual al

triángulo a-prima, b-prima, c-prima. No se han situado mal. Mi diablo es otra cosa. No permanece cruzado de brazos. Yo extraigo la verdad, pero él mientras tanto hace algo con ella. Y resulta que extrayendo la verdad he sacado una porquería. Tomen, por ejemplo, el Principio de Arquímedes... Desde el comienzo mismo era cierto, lo sigue siendo hoy y lo será siempre. Cualquiera lo puede comprobar, ahí está. Pero basta tomar cualquier olla del siglo octavo... Sí, en el siglo octavo tiraban en ella las sobras, pero hoy está en el museo despertando admiración por el laconismo del dibujo y la forma sin par, y todos alrededor abren un palmo de boca hasta que se aclara que no es del siglo octavo, sino que la hizo Gur, el Tuerto, y la metió en las excavaciones para causar sensación... Su forma continúa siendo sin par y el dibujo lacónico, pero la admiración, por raro que parezca, desaparece...

—Vaya, usted no tiene razón —dijo el Profesor—. Usted habla de los profanos y *snobs*.

—Nada de eso —dijo el Escritor—. Hablo de las ollas. Yo mismo llevo veinte años modelándolas. Y como soy un escritor bastante conocido, admiran a los bibliófilos por el laconismo del dibujo y la forma sin par. Pero dentro de diez años vendrá un chiquillo y con candorosa simpleza se pondrá a gritar que el rey está desnudo y..., ¿quién sabe? Dentro de cien años se presentará otro chiquillo y empezará a gritar: «¡eureka!», refiriéndose a mis obras. Casos así ya se han dado...

—¡Dios mío! —exclamó el Profesor—. ¿Y usted continuamente piensa en eso?

—Por primera vez en la vida. En general, pienso muy rara vez. A mí eso me perjudica.

—Quiero decir que no es posible, seguramente, escribir una novela y pensar continuamente cómo se leerá dentro de cien años...

—Claro que no es posible. Pero, por otro lado, si no la van a leer dentro de cien años, ¿para qué demonios escribirla?

—¿Y el dinero? —intercedió malévolo el Guía—. No te preocupes por él, Profesor, él no piensa en nada de eso. Piensa en mujeres, en carreras, esas son todas sus meditaciones... ¡La pura verdad! Vale más que le preguntes a cuánto le pagan la línea.

Hubo una pausa. Después el Profesor dijo en voz baja:

—Si todo es tan sencillo, ¿para qué ha venido con nosotros a la Zona?

—Silencio... —ordenó el Guía.

La vagoneta aminó la marcha. Delante, saliendo de las tinieblas, se iba acercando un edificio de la estación medio derruido.

—Hemos llegado. —El Guía saltó a los durmientes—. ¡Un descanso!

—¡Vamos allá! —profirió el Escritor enderezándose—. Bueno, ¿al menos se podrá tomar un trago?

Encima de un periódico extendido sobre la plataforma habían un termo con café, una botella de licor y unos paquetes abiertos de comida. Los tres masticaban de buena gana, tomando sorbos en pequeños vasos plegables. Había clareado del todo, pero no se había disipado la niebla, estaba tan densa como antes, aunque no lechosa, sino verdosa.

—Para mí, ustedes dos son unos novatos —dijo el Guía—. No los he visto antes en la Zona y no espero nada bueno de ustedes. Ustedes me han contratado, y yo me esforzaré para que queden vivos el mayor tiempo posible, y por eso no se ofendan. No tengo tiempo para los cumplidos. Les cascaré con lo que tenga a mano si no hacen algo bien...

—Por favor, que no sea en el brazo izquierdo —dijo el Escritor.

—¿Por qué?

—Me lo fracturé en la infancia. Lo cuido.

—Ah... —El Guía se sonrió malicioso—. Creí que eras zurdo y escribías con la izquierda. Bueno entonces te zumbaré en la cabeza. ¿Qué tal la tienes desde la infancia?

—Usted es demasiado severo con nosotros —dijo el Escritor y alargó la mano hacia la botella.

El Guía agarró la botella, enroscó con fuerza el tapón y se la guardó en el bolsillo del anorac.

—Eje-je-je-je —pronunció el Escritor y se sirvió el café.

—Que silencio —dijo el Profesor mientras fumaba pensativo, recostando su espalda sobre el costado de la vagoneta.

—Aquí siempre hay silencio —dijo el Guía—. Las ametralladoras quedan lejos, a unos quince kilómetros, y en la Zona no hay quien haga ruido.

—¿Será posible que estén a quince kilómetros? —se sorprendió el Profesor—. Yo no tenía ni idea que se podía penetrar tanto...

—Se puede. Penetramos. Ahora se disipará la niebla, y verás cómo penetramos.

De repente se escuchó en la niebla un ruido prolongado y chirriante. Todos se estremecieron, incluso el Guía.

—¿Qué fue eso? —preguntó solamente con los labios el Escritor, que se puso pálido.

El Guía meneó la cabeza, callado.

—¿Y si, a pesar de todo, es verdad que aquí... viven? —preguntó el Profesor.

—¿Quiénes? —inquirió despectivo el Guía.

—No lo sé... Pero una leyenda cuenta que quedó gente en la Zona...

—Esas son habladurías y no leyenda —lo interrumpió el Guía—. Aquí no hay ni puede haber nadie. Es la Zona, ¿entendido? ¡La Zona!

Mientras se desarrollaba esta conversación, el Escritor había girado la cabeza pasando la mirada de uno a otro. Todavía estaba pálido, pero se estaba sosegando poco a poco.

—Yo, claro, comprendo —dijo— que la Zona es la Zona y no una mazona, ni una mona ni una comilona... Pero, por si acaso, algo he traído conmigo.

—¿Qué has traído? —El Guía fijó los ojos en el Escritor—. ¿Qué has traído, espantapájaros?

El Escritor se dio significativamente unas palmadas en el trasero.

—Dame tu cacharro —dijo el Guía y extendió la mano.

—¿Para qué?

—¡Dámelo, te digo!

El Escritor titubeó y la expresión de significativa superioridad desapareció repentinamente desde su semblante.

—En la Zona no hay que disparar, imbécil —dijo el Guía—. Dame tu pistola.

—No se la doy —dijo con decisión el Escritor, pero añadió en seguida, bajando el tono—: La necesito yo, ¿comprende?

—Comprendo —dijo el Guía con voz inesperadamente suave—. Pero allí no te hará falta para nada. Si te zumban de verdad ni Dios te salva. Pero si te echan el guante o te ves en un apuro yo te sacaré. Muerto, no, muerto te dejaré. Pero vivo, te sacaré. Eso te lo prometo. No tomo el dinero en balde. Dámela.

El Escritor sacó de mala gana desde el bolsillo trasero una diminuta *browning* para señora.

—No tiene más que una bala —balbuceó—. En la recámara.

—Entendido... —El Guía expulsó el cartucho y arrojó desdeñoso el arma hacia los durmientes—. En la Zona no se puede disparar —dijo aleccionador—. En la Zona, no digamos disparar, a veces es peligroso tirar una piedra.

—¿Y tú? —preguntó al Profesor, mientras éste se tomaba con dos dedos el borde del cuello del anorac.

—Para un caso así yo traigo una ampolleta —dijo contrito.

—¿Una qué?

—Una ampolleta de defensa. Veneno.

El Guía quedó pasmado.

—¡Vaya, vaya, muchachos!... No, eso... ¿Es qué han venido aquí a morir? ¿Nadie quiere aliviarse? —saltó a los durmientes—. Miren, después es posible que no haya tiempo. O no haya dónde...

Se apartó de la vagoneta y desapareció al instante en la niebla.

—Pues, tiene razón, ¿para qué ha venido usted aquí? Un escritor de moda, con una quinta tan estupenda... Las mujeres, de seguro, se le cuelgan al cuello en racimos... —dijo el Profesor y miró al Escritor, enarcando las cejas.

—Eso usted no lo puede comprender, Profesor —respondió distraídamente el Escritor, arrojando al aire y recogiendo en la mano un vaso plegable—. Hay un concepto que se llama inspiración. Voy a solicitarla.

—¿Cómo es eso? ¿Quiere decir que ha perdido la vena literaria? —preguntó el Profesor en voz baja.

—¿Qué? Ah, sí, el caso es que nunca la tuve. Bueno, esto no es interesante. ¿Y usted?

El Profesor no tuvo tiempo de responder pues apareció el Guía.

—Pronto nos iremos. Prepárense.

La Zona

La niebla se había desvanecido. A la izquierda del terraplén se extendía hasta el horizonte un llano elevado, sin el menor síntoma de vida, sumido en verdosas sombras. Pero sobre el horizonte, propagándose en el claro cielo, despuntaba un resplandor esmeralda, puro como el color del arco iris: el alba propio de la Zona. Y tras la negra cadena de los cerros asomaba pesadamente el verde sol, roto en varios pedazos desiguales.

—También por esto he venido aquí... —pronunció con voz ronca el Escritor.

Su rostro era verdoso como el del Profesor. El Profesor estaba callado.

—No miran donde deben —dijo la voz del Guía—. Miren aquí.

El Escritor y el Profesor se volvieron.

A la derecha del terraplén también se prolongaba un llano elevado, se veían a lo lejos unos postes, el armazón retorcido de una línea de alto voltaje. También se divisaba una carretera entre los cerros. Aquí el terraplén describía un ancho arco, y desde el lugar donde estaban nuestros personajes se veía bien la cabeza del *convoy* que trajo hasta aquí, hace mucho tiempo, una unidad de tanques.

Pero algo había ocurrido ahí delante, la locomotora y las dos primeras plataformas habían descarrilado, varias de las plataformas siguientes estaban atravesadas en la vía, los tanques caídos enseñaban los costados o las orugas al aire en el terraplén y bajo el terraplén. Por lo visto, habían conseguido bajar varios carros al pie del terraplén y hasta intentaron llevarlos a la carretera, pero no llegaron: quedaron parados entre la carretera y el terraplén en pequeños grupos, con los cañones apuntando a diversos lados, algunos, no se sabe por qué, sin orugas, otros hundidos en el suelo hasta la torrecilla, unos cerrados herméticamente y otros con las escotillas abiertas de par en par.

—¿Y dónde está... la gente? —preguntó en voz baja el Escritor—. Porque allí había gente.

—Lo mismo pienso yo aquí cada vez que vengo —respondió el Guía bajando la voz—. Porque yo los vi embarcar en nuestra estación. Yo era entonces un chiquillo. Entonces todos creían que eran intrusos que querían conquistarnos. Por eso lanzaron a estos... estrategas... —escupió—. Ninguno de

ellos volvió. Ni un alma. Penetraron. Bueno, basta. Entonces, nuestra dirección general será aquel poste que se ve allí... —Extendió el brazo señalando—. Pero no miren el poste. Miren a sus pies. Lo he dicho y lo repito otra vez. Ustedes son unos mierdas. Unos novatos. Sin mí no valen nada, están perdidos como conejos. Por eso yo iré detrás. Iremos en fila india. Encabezarán la marcha por turno. Primero irá el Profesor. Yo señalo la dirección, no se aparten porque será peor para ustedes. Tomen la mochila.

El Profesor se echó la mochila a la espalda.

—Así, Profesor, la primera dirección es aquella piedra blanca. ¿La ves? Andando —ordenó el Guía.

El Profesor comenzó a descender del terraplén en primer lugar. Cuando se alejaba ya cinco pasos, el Guía ordenó:

—¡Oye, tú, Escritor! ¡Síguelo!

Y, aguardando un poco, comenzó a descender él mismo.

Había terminado la mañana verde de la Zona, diluyéndose en la luz habitual del sol.

Tras haber descendido del terraplén, treparon después con lentitud, en fila india, por la suave pendiente de un cerro.

Desde aquí el terraplén se veía como sobre la palma de la mano. Algo raro ocurría allí, sobre los tanques vencidos; se diría que chorros de aire caliente ascendían sobre este lugar; de cuando en cuando se encendía y tornasolaba en ellos un brillante arco iris.

Pero no miraban hacia allí. El Profesor iba delante y antes de cada paso escudriñaba receloso un lugar donde poner el pie. El Escritor lo seguía, mirando no tanto a sus pies como a los del Profesor.

Observó mal la distancia, pero el Guía de momento se mantuvo callado. Su mirada resbalaba con la automática rapidez acostumbrada de sus propios pies a la nuca del Escritor, a la nuca del Profesor, a la derecha del Profesor, a la izquierda del Profesor y de nuevo a sus pies.

El Profesor llegó hasta la cumbre del cerro, y el Guía ordenó al instante:

—¡Alto!

El profesor se detuvo obediente, pero el Escritor dio otros dos pasos y se volvió muy disgustado.

El Guía permaneció inmóvil, entrecerrando los ojos, y movió los dedos de la mano extendida como palpando algo en el aire.

—Bueno, ¿qué pasa ahí? —inquirió con repugnancia el Escritor.

El Guía bajó cuidadosamente la mano y se acercó de lado al Profesor. En su rostro se reflejaban la tensión y la perplejidad.

—No se muevan —dijo con voz ronca—. Ahí parados, sin moverse...

El Escritor miró hacia los lados, asustado.

—¡No te muevas, imbécil! —profirió con voz ronca el Guía.

Permanecieron inmóviles, como estatuas, y estaban rodeados por la verde y apacible hierba, los arbustos ondulaban despacio al soplo del viento, y todo era iluminado por un sol esplendente y acariciador. Luego, el Guía dijo de pronto en un suspiro:

—Hemos salido de un mal paso... Andando. No, aguarden, echemos un pitillo.

Se sentó en cuclillas y sacó del bolsillo una cajetilla. Tiró de un cigarrillo con los labios y extendió la cajetilla al Profesor, que se acuclilló al lado.

El Escritor preguntó con irritación:

—Bueno, ¿puedo acercarme a ustedes, por lo menos?

—Sí —respondió el Guía dando una chupada—. Puedes acercarte. Acércate. —Su voz se endureció—. ¿Qué te había dicho yo?

El Escritor se detuvo a medio camino.

—¿Qué te había dicho yo, mamarracho? Yo te digo «¡Alto!» y tu sigues arreando; yo te digo: «¡No te muevas!», y tú vienes a mover el bote... No, él no llegará —dijo el Guía al Profesor.

—¿Qué se le va a hacer? Reacciono mal —dijo quejumbroso el Escritor—. Deme un pitillo, por favor...

—Si reaccionas mal tendrías que haberte quedado en casa —dijo el Guía, sacando del bolsillo un puñado de tuercas de diferentes tamaños.

Con ellas comienza a «tantear» el camino.

Tiró una tuerca delante. Pausa. Se acercó despacio al lugar donde había caído. Arrojó otra. Y así, paso a paso, de una tuerca a otra.

El Guía llamó al Profesor:

—¡Venga! Parece que hemos salido del paso...

Avanzaban con pies de plomo. El Profesor, el Escritor y el Guía. El sol ya estaba en lo alto, achicharrando, y en el cielo no había ni una insignificante nube. A la izquierda, la ladera; a la derecha, una acequia llena de agua negra estancada. Profundo silencio, no se escuchaban pájaros ni insectos. Sólo susurraba la hierba bajo los pies.

A los pocos pasos el Escritor comenzó a silbar una musiquilla. Dio varios pasos más, se agachó, recogió una varilla y siguió adelante golpeando con la varilla la pernera del pantalón.

El Guía observaba con dura mirada sus acciones. Y cuando el Escritor se puso a quebrar con la varilla las flores marchitas a diestra y siniestra, el Guía sacó del bolsillo una tuerca y la arrojó con buena puntería a la nuca del Escritor. Un repentino chillido interrumpió el alegre silbido.

El Escritor se llevó las manos a la cabeza y se sentó en cuclillas, encogiéndose. El Guía se detuvo a su lado.

—Así ocurre —dijo—. Pero no creo que te diera tiempo para chillar... ¿No te has ensuciado en los pantalones?

El Escritor se enderezó lentamente.

—¿Qué ha sido? —preguntó asustado, palpándose la nuca.

—¡He querido mostrarte lo que ocurriría si vas así por la Zona! —explicó el Guía—. Eres un suicida.

—Bueno, bueno —respondió el Escritor, humedeciéndose los labios con la lengua—. Entendido.

Atravesaron un vertedero. Brillaban algunos cristales rotos; estaban tirados una tetera abollada, una muñeca con las piernas arrancadas, trapos y montones de latas de conserva oxidadas...

El Escritor iba ahora delante, su rostro tenía una expresión malévola y tensa, torciendo el gesto.

Se vislumbra una enorme zanja. Llena con el cuerpo medio desinflado de un aerostato de la defensa antiaérea. Van pisando sobre la superficie que cede bajo sus plantas, caminando despacio, moviendo con cuidado los pies, y de pronto el Escritor profirió un grito raro como el graznido de un cuervo y se detuvo.

Y comenzó a empaparse. El líquido brotaba desde su cuerpo atravesando las ropas, le chorreaba la cara, de los dedos agarrotados manaban pequeños chorros, los cabellos se le pegaban a las mejillas y después comenzaron a resbalar en mechones sobre el pecho y los hombros.

—Tranquilos, muchachos —profirió el Guía—. Nos hemos colado. ¡Tumbate! —gritó al Escritor—. ¡Prueba a tumbarte! ¡Y tú también, Profesor! ¡A tierra! No te apures, no te apures... Él se tumbará ahora...

El Guía y el Profesor se echaron al suelo, pero el Escritor no pudo. Los calambres estremecían su cuerpo.

Pero luego todo finalizó de súbito. El líquido se iba secando ante sus ojos. Luego, el Escritor quedó tan seco como antes, pero en sus hombros y en el pecho colgaban, sacudidos por la brisa, secos mechones de pelo. Desfallecido, se tumbó en seguida de costado.

El Guía y el Profesor, tras él, se levantaron y se acercaron cautelosos al Escritor.

—No es nada, no es nada —dijo el Guía—. Ahora se levantará. Pues es verdad, tiene una suerte del demonio... Aquí a las buenas personas se les vaciaban los ojos, y él no ha perdido más que el pelo... Bueno, levántate, levántate, no sigas tumbado...

El Escritor se incorporó con dificultad. Se palpó la cabeza, y se observó los cabellos entre los dedos.

—Vamos —dijo el Guía—. De todas maneras no podrás contarlos. Profesor, adelante.

En seguida, ingresaron debajo de una red de camuflaje, ya podrida por los años, observando que allí hubo en otros tiempos posiciones de ametralladoras. Aún quedaban tirados algunos cajones de munición, ametralladoras hundidas en la tierra, cascos y caretas antigás cubiertos de arena.

—Haremos un alto —anunció el Guía.

Todos permanecieron de pie, inmóviles. Rodeados por el silencio, sólo silbaba el viento, y susurraba un sucio y arrugado periódico que se había enrollado a una pierna del Profesor.

—Aguarden —dijo el Escritor—. No sé qué tengo en las piernas..., me fallan...

—¿Qué ha sido eso? —preguntó el Profesor sin volverse.

El Escritor se rió con nerviosismo, pero el Guía dijo:

—No lo sé... Ha pasado, gracias a Dios. —Y gruñó mirando a los lados—: ¡Qué sitio de mala muerte!

Acto seguido, se acomodaron a la sombra de la red de camuflaje. El Guía escanció alcohol en los vasos que le tendieron y todos bebieron.

—¿Cómo anda usted de apetito, Profesor? —preguntó el Escritor, mordiendo con asco un huevo duro.

—Si le digo la verdad, no ando bien —respondió el otro.

—¿Qué bien me vendría ahora una cerveza! —suspiró el Escritor—. ¡Bien fría! Tengo seco el garguero.

El Guía sirvió otra copa a cada uno. El Profesor le preguntó receloso:

—¿Nos queda mucho todavía?

El Guía calló, pero luego respondió sombrío:

—No lo sé.

—¿Qué dice el mapa?

—¿Qué va a decir el mapa? ¿Y es que eso es un mapa? No tiene escala. Es verdad que el Zorro volvió en dos días, pero era el Zorro.

—¿Qué Zorro? —preguntó el Escritor.

El Guía se sonrió socarrón, encendiendo despacio un pitillo.

—El Zorro, hermano, no hace pareja con nosotros. Empezó en los primeros días, me llevó a mí cuando crecí. Era un gran hombre. Un As.

—¿Y por qué *era*? —preguntó el Escritor—. ¿Es que...?

—Sí, sí. Lo que piensas. Se iba con uno o dos y regresaba solo. Con él tendrían que haber ido... —Se rió de un modo desagradable, trasladando la mirada del Profesor al Escritor y a la inversa—. Por lo demás, hasta aquí habrían llegado con él también. ¡Bueno! —se interrumpió—. Ustedes hagan lo que quieran que yo voy a echar una pequeña siesta. Pero no armen ruido aquí... Y no se les ocurra pasear...

El Guía se quedó dormido, poniendo la cabeza sobre la mochila. El Profesor y el Escritor, recostando las espaldas en la pendiente arcillosa, comenzaron a fumar y, después, a platicar:

—¿Y qué le pasó a ese As? —preguntó el Escritor.

—Fue el único que llegó hasta *el lugar* y regresó —respondió el Profesor—. Volvió y en dos días se hizo rico... Fabulosamente rico. —El Profesor calló.

—¿Y qué?

—Luego se ahorcó. Al cabo de una semana

—¿Por qué?

El Profesor se encogió de hombros.

—Un caso raro. Pensaba volver allí, junto con... el *nuestro*. El *nuestro* fue a verlo a la hora convenida, y el Zorro estaba colgado. En la mesa había un mapa y una esquila deseándole suerte.

—¿Y no sería que el *nuestro* lo...?

—Sí. Es capaz —asintió de buen grado el Profesor.

Durante un rato fumaron en silencio.

—¿Y qué le parece a usted, Profesor, será verdad que existe *ese lugar*? Donde se cumplen los deseos...

—El Zorro se hizo rico. Toda su vida había soñado ser rico.

—Y se ahorcó...

—¿Pero usted está seguro que él iba a hacerse rico? ¿El Zorro? ¿Es que le dijo a alguien para qué iba a la Zona? Lo que pasa es que el hombre nunca sabe lo que quiere. Es un ser complicado. La cabeza quiere una cosa, la médula espinal otra y el alma otra... Y nadie es capaz de orientarse en ese caos. En todo caso, aquí se trata de algo íntimo. ¿Comprende usted? ¡De un deseo íntimo!

—Cierto —corroboró el Escritor—. Usted lo dice muy bien. Antes dije que venía aquí en busca de inspiración. Mentira. La inspiración me importa un comino...

El Profesor lo observó con curiosidad.

El Escritor continuó, después de una pausa:

—Aunque quizá sea verdad que busco inspiración... ¿De dónde voy a saber cómo hay que llamar lo que yo quiero? ¿Y de dónde voy a saber que yo quiero lo que quiero? Son cosas inaprensibles: basta mencionarlas y su sentido desaparece, se diluye. Como una medusa al sol. ¿Lo ha visto alguna vez?

El Profesor bajó los ojos y se puso a mirar sus uñas sucias y rotas.

—Vaya, vaya. A propósito, debo decirle que para usted... Sí, para usted es contraproducente ir allí.

El Escritor asintió hipócritamente.

—Sí, claro, sí, claro... Yo, desde luego, no soy un científico... ¡Usted es otra cosa! ¿Usted es un científico de verdad? ¡Entonces, claro! El experimento, los hechos... La verdad en última instancia. Pero, creo yo, no suele haber hechos. No los suele haber en general y aquí, en la Zona, con mayor motivo. Aquí todo ha sido inventado por alguien, ¿es que no lo siente? ¡Todo esto es una invención idiota! Nos están engatusando a todos. ¿Quién? No se comprende. ¿Para qué? Tampoco se comprende.

—A pesar de todo, sería interesante saber quién y para qué.

—¡No es eso! ¿«Quién y para qué»? ¿Para qué sirven sus conocimientos? ¿Qué consciencia se hará más pura con ellos? ¿Qué consciencia se dolerá? ¿La mía? Yo no tengo consciencia, no tengo más que nervios. Me critica cualquier canalla: abre una herida. Me alaba otro canalla: otra herida más... ¡A ellos les da igual lo que yo escriba! ¡Se lo tragan todo! Pones el alma, pones tu corazón, y se tragan el alma y el corazón. Sacas la porquería de tu alma y se tragan la porquería... Les da igual qué tragar. Todos sin excepción son gente instruida, todos tienen hambre sensorial... Y todos ronronean, ronronean a mi alrededor: periodistas, redactores, críticos, damas interminables... ¡Pero luego se jactan delante de sus maridos que yo me digné a dormir con ellas! Y todos exigen: ¡dame, dame! Y yo doy, y siento ya asco, hace tiempo que dejé de ser escritor... Qué escritor del diablo soy

yo si odio escribir, si para mi escribir es un martirio, una ocupación desagradable y vergonzosa, algo así como una dolorosa función fisiológica...

Calló súbitamente y permaneció un rato con los ojos cerrados. Un tic nervioso contrajo su rostro.

—Yo antes creía que era necesario para ellos —prosiguió en voz baja—. Yo creía que alguien se hacía mejor y más honrado después de haber leído mis libros. Más puro, más bueno... No soy necesario para nadie. Lo único que tengo es la quinta, con cuarto de baño. Me moriré, y a los dos días me habrán olvidado y se pondrán a devorar a otro cualquiera. ¿Se puede dejar todo esto así? Yo quería rehacerlos a mi imagen y semejanza. Pero ellos me han rehecho a mí a su manera. Antes el futuro era sólo la repetición del presente, y todos los cambios se vislumbraban tras lejanos horizontes. Ahora no hay ningún futuro. Se ha unido con el presente. Pero, ¿están preparados para eso? Yo intenté prepararlos, pero no quieren prepararse, les da todo igual, no hacen más que tragar.

—Vehemencia... —dijo despacio el Profesor—. Mucha vehemencia... ¡Pero usted está dispuesto a hacer el bien a todos, señor Escritor!

—¡Déjeme en paz! —respondió el otro sin abrir los ojos.

—No, no, porque eso es muy peligroso, ¿se da cuenta? ¡Un benefactor vehemente!

El Escritor se sentó de un tirón y miró furioso al Profesor.

—¿Qué es peligroso? ¿Qué es peligroso? Yo quiero tranquilidad, ¿entiende? ¡Tranquilidad!

—Entiendo. Pero usted no se retira ahora al desierto a buscar una vida tranquila. ¡Usted va a la Zona! ¡A ese mismo lugar!

El Escritor se echó nuevamente de espaldas y se tapó los ojos con la palma de la mano.

—Oiga, yo no quiero discutir con usted. De la discusión nace la luz, ¡maldita sea!...

El Guía tenía ahora los ojos abiertos y había permanecido un rato tumbado, prestando oído. Luego, se levantó sigilosamente y, pisando con cuidado, salió desde la sombra y se detuvo junto al Profesor y el Escritor, que ya estaban dormidos. Los examinó atentamente, primero a uno y luego al otro. Su expresión era concentrada, y parecía medirlos con la mirada. Finalmente, mordiéndose el labio inferior, ordenó en voz baja:

—¡En pie!

La angosta quebrada entre dos cerros estaba llena de un líquido viscoso y turbio. Pasaron a través de un chapoteante estriberón medio podrido. Sobre la superficie de la ciénaga remolineaba una niebla repulsiva. El Guía marchaba delante, seguido por el Escritor y el Profesor. Todos estaban respirando penosamente, manifestando con claridad su agotamiento.

De pronto, el Guía se detuvo como si hubiera tropezado en un obstáculo invisible. Permaneció inmóvil, moviendo la cabeza y olfateando.

El Escritor se detuvo a su lado y, apoyándose en la varilla, tomó aliento.

—Bueno... ¿Qué pasa? —preguntó.

—Cállate... —dijo en voz queda el Guía.

El Guía efectuó un movimiento para echar a andar, pero no se movió del sitio. Metió la mano en el bolsillo, sacó una tuerca para arrojarla, pero no se decidió. La tuerca cayó al suelo. Su rostro estaba lívido y bañado en sudor.

—Eso sí que no... —gruñó.

Retrocedió abriendo los brazos. Después, sin mirar, quitó la varilla al Escritor y la hundió en la ciénaga junto al estriberón.

—Así será más seguro... —murmuró—. Vengan, síganme.

Descendió con cuidado del estriberón y, al instante, se hundió hasta los muslos.

—¿Para qué? —preguntó quejumbroso y cansado el Escritor.

El Guía no respondió. Tanteando el camino con la varilla se fue alejando del estriberón.

En medio de la niebla caminaron trabajosamente por el barro chapoteando hasta la cintura, cayendo y levantándose, sumergiéndose hasta la cabeza, escupiendo y tosiendo. No podían detenerse porque el tremedal se los hubiese tragado.

De pronto el Profesor se hundió hasta el cuello, forcejeó para incorporarse y tenderse de bruces, pero no lo consiguió.

—¡Socorro! —gritó con las últimas fuerzas.

El Guía volvió la cabeza. Su semblante reflejaba sincero horror.

—¿A dónde vas? —gritó con voz ronca y, salpicando barro, se dirigió hacia el Profesor—. ¡La mochila! ¡Tira la mochila!

El Profesor meneó la cabeza, que sobresalía en la superficie del barro.

—¡La vara! —gritó afónico—. ¡Deme la vara!

—¡Tira la mochila, te digo!

—¡Quítate la mochila, imbécil! —chilló el Escritor, brincando impotente en el barro.

—¡La va... —La cabeza del Profesor se hundió en la ciénaga, reapareció y rugió con voz terrible—: ¡Dame la vara, animal!

Intentó agarrarse a la vara tendida, pero falló; luego la encontró por fin a tientas y se aferró a ella con ambas manos.

Treparon trabajosamente a la cuesta arcillosa y seca.

—Bueno, te habrías ido al fondo como una piedra —gruñó el Guía—. Y me habrías arrastrado a mí. El Escritor se habría quedado solo arrastrándose por el pantano. ¡No sueltas tu mochila ni a la de tres!

—No había por qué meterse allí —replicó el Profesor.

—A ti no te importa donde decido meterme...

—¡Pues mi mochila tampoco te importa a ti!

—¿Qué llevas ahí? ¿Un tesoro? —alzó la voz irritado el Escritor, pero el Profesor no le hizo caso.

—¡Parece mentira! —dijo—. ¡Vamos por un camino llano estupendo, y de pronto se mete en esta... letrina!

—Me lo dice el olfato, ¿puedes entenderlo o no? ¡El olfato!

—¡Menudo olfato!

—¡Mira qué tonto *Cuatro Ojos*! —El Guía se palmeó en las rodillas, de él caían pedazos de barro seco.

—Mi vista a usted no le importa. Y, ¡basta ya! Una estupidez detrás de otra.

—No es ninguna estupidez. ¡Y a ti habría que darte con esta varilla entre las orejas! Dame la botella... Hay que ver: por un par de pantalones sucios ha estado a punto de irse al otro barrio.

—¿Qué pantalones? —preguntó el Escritor.

—¿Pues qué es lo que lleva en la mochila? ¿Conservas...?

—¡Que conservas ni qué narices! ¡Es que no pude quitármela, no pude! ¡Me habría ahogado mientras me la quitaba, maldita sea!

—Bueno. Basta... —El Guía se levantó y, arrugando la frente, escudriñó el terreno—. ¿A dónde hemos venido a parar? No conozco estos lugares... Porque el canalla del Zorro no señaló nada en la ciénaga y allí hay algo... Claro, puede ser que apareciera luego, después de él...

—A propósito —dejó oír su voz el Profesor—. ¿El Zorro fue el único que llegó hasta *aquel* lugar?

—No sé de otros.

—¿Y hubo quien se puso en camino y no llegó? —preguntó de pronto el Escritor.

—Sí que hubo. Yo también fui, pero no llegué.

—¿Y para qué iban? —preguntó el Profesor.

—Cada cual a lo suyo... Principalmente por el dinero, claro. ¿Crees que no sé para qué vas tú? ¿Quieres que lo diga? No te admitieron en la expedición y tú has decidido demostrar que se equivocaron. ¡Y haces bien! ¿Entiendes? Quieres arreglar tus asuntos personales, hacer algún descubrimiento para dejarlos a todos con la boca abierta. Que digan: mírenlo, resulta que nuestro Profesor es un hombre de valía. ¡Vayan y denle el Premio Nobel!

—Bueno, ¿y usted? ¿A qué va usted?

El Guía calló un rato, contrariado.

—Yo tengo mis asuntos... familiares.

—¿Cómo el Zorro? —preguntó en voz baja el Profesor.

El Guía se volvió bruscamente y lo observó, pero el Profesor yacía con los ojos cerrados, cruzados los brazos tranquilamente sobre el pecho.

—No me compares con él —pronunció el Guía en tono amenazador—. Tú no lo conocías, no lo viste nunca y a mí tampoco me conoces. Por lo tanto, no hay que compararnos.

—Nadie conoce a nadie —dijo el Profesor sin abrir los ojos.

—Déjelo, ya está bien —dijo irritado el Escritor—. Con lo que sale: ¡nadie conoce a nadie! ¡Ni que fuera el binomio de Newton! Asuntos familiares... Perdió los cuartos en las carreras, en casa no tiene nada para comer, no quiere trabajar porque es un lumpen de nacimiento..., amigo de emborracharse y de jugar a las cartas... Y la mujer, claro, es una zarrapastrosa y una bruja, siempre dando lata y pidiendo dinero..., y un montón de hijos, todos unos bandidos que no salen de la comisaría... ¡Nadie conoce a nadie! ¡Con lo que sale!

Durante toda esta lucubración el Guía se ruborizó, intentó decir algo, interrumpir, pero no pudo. Y solamente cuando el Escritor dejó de hablar, profirió por fin...

—Más lo eres tú... Pero, ¿cómo puedes decir eso de mí? ¿Qué sabes tú de mí? Tú eres un escritorzuelo de mala muerte, vendido al mejor postor... Tú deberías escribir en las paredes de los retretes, gorrón... Y mi hija, ¿qué sabes tú? Tullida de nacimiento, ¿eso lo sabes tú? Yo incursionaba por la Zona, ¡y ahora ella lo está pagando! Es una criatura, ¡pero la hacen rabiar porque está ciega y anda con muletas! Todo lo que traía de la Zona lo gastaba en médicos, pero ellos no prometen nada. ¡Buenos profesores están hechos! ¡Como ustedes!... ¡Ah, para qué hablar contigo, cobarde!

Se levantó bruscamente y desapareció tras el cerro.

—No debió decirle eso —dijo el Profesor.

—¿Por qué? Vamos a ver, ¿por qué? Todo lo que dijo es mentira. Lo acaba de inventar. ¡Le veo el juego!

—No, no. Yo lo conozco hace tiempo. Su biografía es de miedo. Se hizo Stalker siendo un chiquillo, estuvo varias veces en la cárcel, se echó a perder, y es cierto que la hija es mutante, una víctima de la Zona, como dicen los periódicos. Hace varios años trabajó de obrero en mi instituto, de manera que yo...

—De todos modos miente. No se trata de la hija. Lo de la hija se le ha ocurrido ahora por primera vez en la vida. Simplemente al lumpen no le gusta que lo llamen lumpen. Necesita que lo traten con miramientos, que le sirvan en bandeja nobles sentimientos... El conde, arrojando el guante, se alejó altivamente. Pero volverá a casa con un saco lleno de dinero, ya lo verá...

—Se nota que tiene buena mano. Bueno, no es eso.

Hubo una pausa. El Profesor se sonrió sarcásticamente:

—Que vuelve con botín, es la fortuna. Que vuelve vivo, suerte la suya. Que lo alcanzó una bala de la patrulla, dicha que tiene. Y todo lo demás, el destino.

—¿Qué sapiencia tan desalentada es esa?

—Folklore local. Usted olvida continuamente que estamos en la Zona. En la Zona no se pueden hacer movimientos bruscos ni soltar expresiones ásperas.

—Perdón. Pero no me gusta que llenen de excrementos filosóficos las cosas más elementales.

—Bueno... ¿Pero acaso a usted le gusta algo, hablando en general?

—Antes me gustaba escribir, pero ahora no me gusta nada. Ni nadie.

—¿A usted no se le ha ocurrido nunca lo que sucederá cuando todos crean en este lugar al que vamos? ¿Cuándo se lancen aquí miles, centenares de miles? —preguntó de pronto el Profesor.

—Hoy ya son muchos los que creen pero, ¿cómo llegar?

—Llegarán, amigo, llegarán. Uno entre mil, pero llegarán. Porque el Zorro llegó... Y el Zorro no es el peor. Los hay peores. No necesitan oro ni tienen asuntos familiares. ¡Arreglarán el mundo, mi estimado! Reharán el mundo entero, a su voluntad, todos esos frustrados emperadores de toda la Tierra, grandes inquisidores, *führers* de toda calaña, bienhechores y benefactores... ¿Ha pensado usted en eso?

—Con franqueza, no —respondió el Escritor.

—Pues piense en eso. Por lo que a mí se refiere, yo me inclino a creer en los cuentos de miedo. En los bondadosos no, pero en los de miedo sí...

El Escritor, torciendo la boca, miró fijamente al Profesor.

—A pesar de todo, usted no comprende absolutamente nada de la gente —dijo por fin—. Otra vez los excrementos filosóficos. Claro, es posible que llegue hasta allí para rehacer el mundo entero, pero, en realidad le importa un comino el mundo y lo que quiere son mujeres, quiere aguardiente y cuanto más dinero mejor... ¡Porque les falta imaginación, Profesor! En último caso, ansiará de todo corazón que a su jefe lo atropelle un automóvil... Comprenda de una vez, ¿de dónde salen todos esos *führers*? O los detestan las mujeres, o no los valoran los críticos, o les huele terriblemente el aliento... Usted, Profesor, se convencerá personalmente cuando llegue al lugar... Porque yo a usted también lo conozco muy bien. Tiene escrito en la cara que ha pensado hacer un bien monstruoso a toda la Humanidad. Otro en mi lugar se habría asustado. Pero yo, ¿lo ve?, estoy tranquilo.

—Por mí está tranquilo —dijo el Profesor—. Eso se ve. Nos mide a todos con su propio rasero. No sé si de usted saldría un buen político o sociólogo... Por mí está tranquilo. ¿Y por usted?

—¿Por mí? Bah, en mis asuntos que no se meta nadie. A mí todo el mundo de ustedes me importa un bledo. En todo el mundo de ustedes no me interesa más que un hombre: éste... —El Escritor se señaló el pecho con el dedo—. ¿Vale algo este hombre o no? ¿Está de sobra en el mundo o a pesar de todo ha modelado su ladrillo de oro...?

—Escuche —dijo el Profesor—. No hay que engañarse. Usted tan pronto dice que va allá en busca de inspiración como en busca de la belleza o de tranquilidad...

—Pero cuando sepa lo que soy tendré tranquilidad, inspiración y belleza...

—¿Y si se entera que usted es una porquería? ¿Si se entera que no sólo no ha modelado su pequeño ladrillo de oro, sino que se ha zampado el de otro? ¡Bonita tranquilidad!

—Eso, mi querido Einstein, ya no es cosa suya. Dedíquese, por favor, a su Humanidad, pero sin mí.

—Sí, sí, comprendido. A mí lo que me preocupa es otra cosa... Me parece que usted simplemente quiere que todos lo dejen en paz y, de ser posible, para siempre.

—¡Palabras de oro!

—He dicho todos y, por lo tanto, también yo —dijo el Profesor—. Por eso le ruego que piense, de todos modos, para qué va usted. ¡Pienselo bien! Porque existen miles de millones de seres que no tienen ninguna culpa que usted sea una mierda.

En aquel momento regresó el Guía.

—Basta de estar tumbados —dijo—. Andando...

Vagaron por un camino vecinal cubierto de polvo muy fino. A cada paso, el polvo se levantaba y pendía durante cierto tiempo en el aire, inmóvil. A lo largo del camino se prolongaban decrepitos postes telegráficos. Hacía mucho calor y delante, sobre el camino, temblaba la colina.

El Profesor, que iba en primer lugar, se detuvo de pronto, se volvió hacia sus acompañantes y profirió desconcertado:

—Allí hay un automóvil... Y su motor funciona...

—No le hagas caso —dijo el Guía—. Lleva ya veinte años funcionando. Vale más que mires al suelo y no te apartes del centro...

Pasaron frente a un reluciente camión, como recién salido de la fábrica, que estaba junto al badén. Su motor funcionaba en vacío, del amortiguador escapaba y se extendía al viento un humillo azulado. Pero las ruedas estaban hundidas en la tierra hasta la llanta y a través de la portezuela entreabierta y del suelo de la cabina había crecido un tierno arbolillo.

En cierta ocasión, probablemente durante el mismo día de la Visita, el enorme camión transportaba por esta carretera en un remolque especial un largo tubo, de un metro de diámetro, para el gasoducto. El camión se había estrellado contra un poste del lado izquierdo, y el tubo había sido lanzado desde el remolque, atravesándose en el camino. Probablemente entonces, fueron arrancados y cayeron en mitad de la carretera los postes telegráficos y telefónicos. Ahora en los alambres había crecido una especie de estropajo rojizo que colgaba como una cortina, cerrando el paso por la carretera. La boca del tubo estaba negra, ahumada, y la tierra delante de él, carbonizada como si del tubo hubieran salido más de una vez humosas llamas.

—¿Hay que meterse ahí? —preguntó el Escritor, sin dirigirse a nadie concretamente.

—Te meterás ahí si te lo mando —dijo con frialdad el Guía y recogió varios guijarros de la cuneta—. Apártense. —Tomó impulso, arrojó una piedra a la boca del tubo y dio un salto hacia atrás.

Se escuchó como la piedra retumbaba y rechinaba dentro del tubo. El Guía aguardó un poco y tiró otra piedra. Se repitió el retumbo y tamborileo, y se hizo el silencio.

—Bien —profirió el Guía y se sacudió lentamente las manos—. Se puede. —Se volvió al Escritor—. Andando.

El Escritor quiso decir algo, pero sólo suspiró convulso. Extrajo desde su pecho una cantimplora plana, desenroscó presurosamente el tapón, tomó varios tragos y entregó la cantimplora al Profesor. El Escritor se limpió los labios con la manga. No apartó los ojos de la cara del Guía. Parecía esperar algo. Pero no había nada que esperar.

—¿Y bien? ¿Todo lo demás es el destino? —pronunció con son risa forzada.

Dio un paso hacia el tubo y se detuvo ante las terribles fauces negras. Metió despacio las manos en los bolsillos y se volvió.

—¿Y por qué he de ser yo? —inquirió enarcando las cejas—. ¿Por qué razón? ¡No voy!

El Guía se le acercó a corta distancia, y el Escritor retrocedió un paso.

—¡Sí, vas! —masculló entre dientes el Guía.

El Escritor negó con la cabeza, callado. Entonces el Guía le pegó en el vientre y en la cabeza, lo agarró del pelo, lo enderezó y le dio de bofetadas.

—¡Claro que vas! —gruñó impetuoso.

El Profesor intentó sujetarlo del brazo. El Guía, sin mirar, le dio un codazo que le acertó en la nariz, haciéndole saltar las gafas.

—¡Anda!

El Escritor se limpió los labios sangrantes, miró la palma de la mano y miró al Guía.

—¡Dios mío...! —exclamó.

Una profunda repugnancia se reflejó en su rostro, y sin decir palabra lanzó un espeso escupitajo a los pies del Guía, se volvió y se introdujo en el tubo.

El Guía retrocedió presto, alejándose del tubo, y tiró del Profesor. Desde el tubo llegaron sordos chirridos y porrazos, y la respiración entrecortada del Escritor.

El Profesor se caló las gafas con manos temblorosas. Una grieta cruzaba uno de los cristales. El ruido en el tubo había cesado.

—¡Sígueme! —gritó el Guía con voz ronca y se lanzó a la negra boca.

Los dos salieron desde el tubo hasta un recinto circular que mostraba cierta semejanza con un salón de baile oriental. Seguramente aquí había estado situado en otros tiempos una especie de puesto de mando: habían mesas y sillas plegables, sobre las mesas, varios teléfonos (todos descolgados), mapas topográficos medio podridos, lapiceros desparramados. En el suelo habían cajas de conservas y botellas. También, ignorándose el propósito, había un pequeño coche infantil. El Escritor, sentado a una mesa, descorchaba una botella.

—Y está todo. ¿Quién dijo miedo? —pronunció animoso el Guía.

Era evidente que él estaba aquí por primera vez: miraba con profunda curiosidad, registrando todos los rincones. El Escritor, forcejeando con la botella, lo observaba entre sombrío e irónico.

—Cuando yo digo que se puede ir es que se puede —prosiguió el Guía—. Dame, ¿por qué tardas tanto? —quitó la botella al Escritor y la descorchó hábilmente—. ¿Dónde te sirvo? ¿No tienes dónde? Bebe del gollete, tú en primer lugar, te lo mereces...

Mientras tanto, el Profesor recorría el local, colocando distraídamente los teléfonos en sus soportes. El Escritor le dio un largo tiento a la botella, después la apoyó en la rodilla y se relamió.

—¿Qué? ¿Caliente? —inquirió animadamente el Guía—. ¡Ya se ve! El Zorro pasó aquí unas horas, aquí descansó y se desahogó... Pero tú bebe, bebe, yo tomaré otra entera, hay a montones.

—Querido *Chingachguk* —dijo con énfasis el Escritor—. Yo comprendo que todos sus rodeos no son otra cosa que una forma singular de presentarme sus excusas. Lo perdono. Una infancia desdichada, el medio en que se crió, lo comprendo perfectamente. ¡Pero no se haga ilusiones! ¡Me vengaré sin falta!

El Guía, atareado con una nueva botella, profirió:

—¿En serio?

—Sí, sí. Yo soy un hombre vengativo como todos los escritores y demás artistas. Desde luego, no pienso liarle a trompadas con usted y menos aún meterle un balazo entre las paletillas... Lo haré todo mucho más fino. Le clavaré debajo de su gorda pelleja tal aguja que el mundo le parecerá un infierno. ¡En el mismo cerebro! ¡En el sistema nervioso central...!

En aquel momento se escuchó el timbre de un teléfono. Todos se estremecieron y, en seguida, el Profesor tomó indeciso el aparato.

—Sí... —dijo.

Una voz croante preguntó irritada por el auricular:

—¿Es el dos-veinte, tres-cuarenta y cuatro-doce? ¿Cómo funciona el teléfono?

—No tengo ni idea —dijo el Profesor.

—Gracias, es una prueba de línea.

Luego, se escucharon cortos pitidos. Los tres se miraron unos a otros y luego al teléfono. Y de pronto el Profesor se volvió de espaldas y marcó rápidamente un número. Su rostro tenía una expresión maliciosa.

—¡Oigo! —respondió una voz afónica de hombre.

—Perdona, por favor, si te molestó —dijo el Profesor—, pero estoy impaciente por decirte unas palabras. Me has reconocido, supongo.

Hubo una pausa.

—¿Qué quieres?

—Es el edificio viejo, la sala de calderas, cuarto bunker. ¿He acertado?

—Ahora mismo llamo a la policía.

—¡Ya es tarde! —pronunció jubiloso el Profesor—. Estoy fuera de tu alcance. ¿Sabes dónde me encuentro? ¡A dos pasos! Estoy a dos pasos del lugar, y tú ya no puedes hacer nada. Llama a donde quieras, escribe delaciones, forma comisiones de expertización médica, azuza contra mí a mis empleados, amenaza, haz lo que quieras y cuanto quieras. Te telefono para decirte que eres un cretino y que, a pesar de todo, estoy a dos pasos del lugar.

Hubo otra pausa.

—¿Me oyes? —dijo el Profesor.

—¿Tú comprendes que es el fin para ti como científico?

—Aguantaré. La cosa se lo merece.

—¿Comprendes que te espera la cárcel? ¿Trabajos forzados?

—¡Basta! Estoy a dos pasos. ¿Crees que me puedes asustar ahora?

Hubo una tercera pausa.

—¡Dios mío! —pronunció por fin el invisible interlocutor—. ¡A lo que hemos llegado! Hazte cargo. Porque tú hace ya tiempo que no piensas en el trabajo. Tú no eres ni siquiera un Heróstrato, tú... Tú simplemente quieres molestarme, echarme chinches en la cacerola de la sopa y te alegras de haberlo conseguido... ¡Pero recuerda, demonio, por dónde empezó todo! ¡Qué ideas, qué amplitud! Y ahora sólo piensas en mí y en ti. ¿Dónde están los millones y miles de millones de los que hablábamos, los millones y miles de millones de seres que no saben nada! ¡Dios mío, anda, anda! Concluye tu... infamia. Pero a pesar de todo te lo recuerdo. Eres un asesino. Tú matas la esperanza. Cien generaciones nos seguirán, y en cada una millones de personas te maldecirán y despreciarán...

El Profesor buscó febrilmente en el teléfono, apretó palanquitas, pero la voz no calló.

—Seguramente ahora te importan un bledo mis palabras. Te sientes dueño de la situación y no comprendes nada... ¡No cuelgues el teléfono! Oye lo que tengo que decirte, se refiere personalmente a ti. La cárcel no es lo peor que te espera. ¡Tú mismo no te lo perdonarás nunca! Lo sé, te veo ahorcado en el retrete de la cárcel, colgado de tus propios tirantes...

El Profesor colgó de golpe el teléfono y permaneció algún tiempo parado, sin volverse.

—Fue divertida la conversación —comentó el Guía, mientras bebía un trago de la botella—. ¡Caramba con el mosquito muerta!

—No hagan caso —dijo el Profesor—. Es simplemente el diálogo con un colega. —Se acercó a la mesa, se sentó y tomó la botella de las manos del Guía. Examinó la etiqueta.

—Beban, muchachos, descansen —dijo el Guía—. Beban, nos falta el último salto. —Se volvió hacia el Escritor—. Bueno, ¿y tú por qué callas? ¿Qué querías decirme?

Por delicadeza evitó mirar al Profesor.

—A mí se me ha pasado el disgusto..., por el asombro —respondió el Escritor—. Oiga, explorador, ¿es verdad que estamos a dos pasos del sitio?

—Bueno, tanto como a dos pasos no... Estamos cerca.

Sobrevino un largo silencio. Después el Escritor anunció de pronto:

—¿Saben lo que les digo? Hemos hecho mal en venir hasta aquí. ¡Al diablo! Yo no me imaginaba esto así. No sigo adelante.

—¿Cómo que no sigues? —preguntó el Guía.

—Como que no. Ustedes vayan, yo los esperaré aquí. Los recibiré cuando vuelvan felices y contentos...

—No, hermano, eso no vale.

—¿Por qué no? ¿Es que allí hay otro... tubo? —preguntó malicioso el Escritor—. Que pruebe el Profesor. A él le toca.

—¿Qué tubo? ¿Qué tonterías dices?

—No importa las tonterías que diga. Lo principal es que no siga adelante. Si por mí fuera, ustedes tampoco... ¿Cómo los calificó el Profesor? ¿Benefactores? Yo tampoco les dejaría ir a ustedes.

—¿Qué estás diciendo? ¿Te has vuelto loco? Faltan dos pasos...

—¡Lo importante no es lo que falta, sino lo que llevamos recorriendo! —casi gritó el Escritor—. Aquí nos hemos divertido estupendamente. ¡Y a lo que hemos llegado!

—¿Y a qué ha llegado usted? —inquirió el Guía con la voz ronca de cólera.

—¿Yo? Dímelo tú. ¿Por qué se ahorcó el Zorro?

—¿Qué tiene que ver aquí el Zorro? —se indignó el Guía.

—Yo te lo explicaré, pero primero contéstame tú, ¿por qué se ahorcó?

—No fue por la riqueza, sino por su hermano menor.

—Conque por su hermano.

—Fue la perdición del muchacho. Lo traje consigo a la Zona y en alguna parte lo puso en lugar suyo. Luego, a la vejez, le remordió la consciencia y fue a la Zona para devolverle la vida al hermano. Pero en cuanto llegó al lugar, de nuevo pudo más en él la codicia y en vez del hermano quiso tener dinero. ¿Comprendes?

—Magnífico —dijo el Escritor—. Es lo que yo pensaba. Pero tú explícame lo siguiente. ¿Por qué se ahorcó? ¿Por qué no fue otra vez, ahora ya no por el dinero, sino por el hermano?... ¿Eh?

—Eso yo tampoco lo comprendo —dijo sombrío el Guía.

—Pues yo, sí. Y él también lo comprendió y por eso se ahorcó. Al Zorro lo que es del Zorro y sólo del Zorro y nada más que del Zorro. Tú mismo me dijiste que en ese lugar se cumplen solamente los deseos más recónditos. ¿Y qué vas a gritar allí?... ¡Quiero recuperar a mi único hermano, quiero la felicidad para todo el género humano, denme inspiración!... En ese lugar se cumplen los deseos que son tu naturaleza, ¡lo esencial para ti! Deseos de los que tú no tienes ni idea, que te dominan y te guían toda la vida. Eso fue lo que le ocurrió al Zorro. Tú, ángel mío, no has comprendido nada. No fue la codicia la que lo venció. Él se puso de rodillas en aquel lugar, suplicó con toda el alma, como a él le parecía, con toda su consciencia enferma para que le devolvieran al hermano, pero recibió un montón de dinero y no podía recibir nada más porque al Zorro lo que es del Zorro. Porque la consciencia, las torturas del alma son una ficción, un invento de la cabeza. Pero el Zorro tenía su cogollo. Y cuando lo comprendió así, fue... y *se ahorcó*.

El Guía escuchó al Escritor con la boca abierta.

—Yo creía que estaba jugando a un juego nuevo e interesante —confiesa el Escritor—. Lo tomé como una aventura. Y de pronto comprendí, amigo, que no era ninguna broma. Yo, a decir verdad, no creo mucho en esas maravillas. Pensé: pediré allí algo, de todos modos son cuentos. Y luego escribiré. Porque de eso nadie ha escrito nada todavía... No, *Ojo de Lince*, amigo mío, yo a esos juegos no juego...

—Escucha, Profesor —dijo el Guía desconcertado—, ¿qué le pasa? ¡Dile algo!

El Profesor se encogió de hombros.

—¿Cómo es eso? —preguntó el Guía—. ¿Yo voy en busca de salud para mi hija, para mi desdichada Monita, y resulta que recibiré no se sabe qué?

—Se sabe —pronunció con afecto el Profesor—. Todo se sabe perfectamente.

—Déjelo ya —le interrumpió el Escritor, y se hizo de nuevo un silencio embarazoso.

Después el Guía dijo, huraño:

—¡Basta! ¡En pie!

El Profesor continuó delante, sombrío, le siguió el Escritor y tras éste, casi pisándole los talones, el Guía.

—Bueno, no voy a mentir —refunfuñó el Guía—. Cuando salí yo no pensaba en la Monita, es cierto... ¡Pero ahora! ¡Por ella soy capaz de morderle la nuez a cualquiera! Y tú me dices...

—Oye, deja de murmurar —dijo el Escritor sin volverse—. ¿Por qué te metes conmigo? Yo no sé lo que tú de verdad quieres. ¡Y tú tampoco! Y por Dios, no te distraigas. Mira el camino... Lo único que nos falta ahora es darnos un trastazo...

Delante, en la trémula colina, observaron el cangilón alzado de una excavadora herrumbrosa. Y por fin se detuvieron ante la suave pendiente que llevaba hacia *Aquel Mismo Lugar* y observaron hechizados hacia abajo, al valle mágico. El Guía escudriñó la cuesta y advirtió en la mohosa pendiente unas raras manchas negras.

—Bueno, ¡pueden decir que tienen suerte, muchachos! —dijo con voz ahogada—. Estiró la pata.

—¿Quién? —inquirió pasado un momento el Profesor.

—El matarife. ¿Ven esos mocos negros? Ha estirado la pata el sapo. ¡Se acabó! Podemos ir sin temor.

—Ve usted, un matarife... —dijo el Escritor satisfecho, y se sentó en el suelo—. Bonito nombre.

—¡Más bonito no puede ser, hermano! Aquí fue donde el Zorro gastó su última gonzúa de carne y hueso. Se apodaba Kaschei el Inmortal, un tontuelo jovencito...

—¿Y tú también me habrías empujado aquí? —interroga el Profesor—. ¿A mí? ¿A manos del matarife?

—¿Pues qué te has creído? El tubo y el matarife algo valen. Aquí sólo así se puede salir adelante. No hay más que una probabilidad de cada cuatro... ¡Una lotería! Pero en la Zona no se juega a juegos de azar...

—Es inconcebible —dijo el Escritor—. Atravesar estos cerros mortales, asesinar a dos amigos y todo por una bolsa de dinero...

—En primer lugar —dijo con dureza el Guía—, aquí no se viene con amigos. Además, un Stalker no suele tener amigos. Su amigo es él mismo. Y, en segundo lugar, por dinero se hacen cosas más tremendas. ¿O vives en la Luna?

—¿Y si yo no hubiera ido? —preguntó el Profesor.

—¡Basta ya! —gritó el Guía—. Hubiera ido o no hubiera ido... ¡Hemos tenido suerte y se acabó! El tubo resultó vacío y el matarife estiró la pata, ¿creen que soy un sádico? ¿Piensan que me llenaba de alegría tener que mandarlos a la muerte? Bueno, ¿quién quiere ir primero? ¿No quieres ser tú? —dijo al Escritor—. Te lo has merecido...

El Escritor movió enérgicamente la cabeza.

—No. Ya he dicho que no voy. Simplemente quiero mirar esa maravilla con mis propios ojos. Soy un escéptico.

—¡Puf! ¡No tengas miedo, te digo que ha estirado la pata! Bueno, si quieres, yo iré primero. ¿Tú no estás en contra? —preguntó al Profesor.

—Vaya, vaya..., no faltaba más —respondió el Profesor—. Yo nunca pensé acercarme allí ni pedir...

—¿Cómo que no pensaste? —profirió malévolo el Guía—. Entonces, ¿a qué has venido aquí? Porque yo no te convencí para que vinieras... Tú mismo lo pediste, ¡ofreciste dinero! ¿Cómo que no pensaste?

En vez de responder, el Profesor imitó al Escritor, sentándose en el suelo y poniendo la mochila entre las rodillas.

—¡Qué barbaridad! ¡Miren si son idiotas! —dijo desconcertado el Guía—. Han arriesgado la vida, han pasado por todo, han llegado y, ¡miren con lo que salen! ¡Se sientan tan tranquilos!

—Y hacemos bien —dijo el Escritor—. Siéntate tú también. Hay que descansar un poco antes del regreso.

—Este tonto se ha quedado calvo, a ése lo espera la policía en la ciudad... ¡Pide por lo menos que te devuelvan el pelo!

—Quien perdió la cabeza no llora por el pelo —dijo el Escritor—. ¡Déjalo estar, Ángel de la Guarda, no te ofendas! Siéntate con nosotros, tomaremos un bocado, beberemos un trago de coñac..., y de regreso a casa con la ayuda de Dios.

—¡Eso faltaba! ¡A casa! —gritó el Guía crispando los puños. Dio media vuelta resueltamente y se encaminó hacia la cuesta. Sus pasos, muy decididos al primer momento, fueron perdiendo energía hasta que se detuvo desconcertado. Después dio media vuelta y, con la misma decisión, regresó sobre sus pasos.

—¡Está bien! ¿Puedes explicarme por qué no vas tú? —dijo al Escritor—. ¡Pero francamente y sin charlatanería!

—No tengo inconveniente. Me da miedo. No me conozco y no me fío de mí. Lo único que sé con toda seguridad es una cosa: a lo largo de mi vida, en mi alma se ha acumulado mucha porquería. No quiero echársela encima a la gente y luego, como el Zorro, meter el cuello en la soga. Vale más darme a la borrachera tranquila y pacíficamente en mi asquerosa quinta. ¡Anda, anda! Pero no creas que porque estamos vivos no nos has asesinado. ¡Nos has asesinado, nos has asesinado! Aunque estamos vivos. Y no confíes. ¿En qué puedes confiar con una naturaleza como la tuya? Lloras lágrimas de arrepentimiento por tu pequeña hija... Tú, perdóname, pero eres como aquel bandido que tenía los brazos manchados de sangre hasta los codos y llevaba en el pecho un tatuaje que decía: «No olvido a mi madre querida»... Cálmate, Stalker. No nos hemos desarrollado lo suficiente como para merecer *Este Lugar*, no teníamos que haber venido hasta aquí en busca de la felicidad...

—¡Si hubiera estado limpio de polvo y paja es posible que yo tampoco hubiera venido! —gritó iracundo el Guía.

—¡Habla la burra de Balaam! —profirió el Escritor.

—No comprendo —farfulló el Guía, meneando desesperado la cabeza—. Yo no comprendo...

—¡Suerte que tienes si no lo comprendes! Vete allá y lo comprenderás en seguida, pero entonces ya..., ¡perdona! Porque tú siempre te has puesto muy alto, más que todos los demás... Hombre de hierro, altivo y libre, pero, en realidad eres una bestia y nada más. Y volverás de allí hecho un tullido, arrastrándote como una liendre medio muerta y cubierto de vergüenza o hecho una fiera tal que, en comparación contigo, el Zorro parecerá un ángel. Se acabó. ¡Déjame en paz!

Mientras discutían, el Profesor había sacado de la mochila un macizo cilindro al que el sol arrancaba pálidos destellos. El cilindro no tenía esferas ni escalas, sólo un disco parecido al del centro de un teléfono en la parte superior.

—¿Qué es eso, Profesor? —preguntó el Escritor.

—Una mina atómica.

—¡Atómica?

—Sí. De veinte kilotones.

—¿De dónde la sacó usted? ¿Y para qué?

—La montamos entre mis amigos y yo... Quiero decir, mis antiguos colegas. Decidimos que hay que destruir este lugar. Yo sigo pensando lo mismo. No da ninguna felicidad a nadie. Pero si cae en malas manos... Da miedo pensarlo. Pero ahora ya no sé... Después empezaron a decir que esto es una maravilla y una esperanza, que no se puede matar una maravilla y que no hay que matar la esperanza. Reñimos. Solamente los científicos saben reñir así. Ellos escondieron esta mina, pero yo

la encontré... —Alzó los ojos—. ¿Ustedes comprenden? Yo sigo completamente seguro que todo esto hay que volarlo y que se lo lleve el diablo. Es muy fácil: se marcan cuatro números y dentro de una hora... En fin, jamás volverá a venir nadie aquí.

Calló un rato, después añadió:

—Y jamás en la Tierra habrá otro lugar así.

—Pobrecillo... —dijo en voz baja el Escritor—. Vaya un problema que se ha buscado...

—Comprenden, es un principio general —dijo el Profesor—. Nunca hagas algo irreversible. Pero mientras esta lacra esté abierta aquí, para nadie habrá descanso ni sosiego... Ni descanso ni sosiego...

Y en ese momento estalló el Guía.

—¡Malditos sean! ¿Por qué demonios me habré juntado con ustedes? —bramó—. ¡Intelectuales de pacotilla! ¡Charlatanes! ¡Debía haber ido, haber tomado el dinero, sin saber ni pensar en nada, viviría a todo tren, como viven las personas! ¡Me han armado, un lío! ¡Me han roído el alma, parásitos! ¿Y qué hago ahora yo? ¿Eh? ¡No puedo hacer nada! No puedo ir allá ni quedarme aquí... ¿Quiere decir que todo ha sido inútil?

Agarró al Profesor de los hombros.

—¡Entonces vuélalo, mándalo al infierno! ¡Entonces que no sea para nadie! ¡Al menos será de algún provecho!

Se llevó las manos a la cabeza y se bamboleó. Luego repentinamente quedó inmóvil.

—¡Escuche! —susurró con voz ronca a la cara del Escritor—. Bien, yo no valgo... Pero, ¿y mi mujer? Por mi hija, ¿eh? ¡No yo, no yo, mi mujer! Es una santa, lo único que tiene es a la Monita. Mi mujer, ¿eh?

Se abalanzó hacia el Profesor.

—¡No! ¡No hagas eso! ¡No se debe! ¡No la toques! No hay otra esperanza!

El Profesor apartó sus manos. El Escritor y el Guía contemplaron hechizados cómo el Profesor desenroscó con esfuerzo la parte superior del cilindro, la levantó, arrancó unos cables que salían de allí y comenzó a desmontar y romper, arrojando lejos pieza tras pieza.

En este momento se puso el sol y sobrevino la oscuridad.

Otra Vez en la Cafetería

El local estaba vacío. Tras la barra trajinaba un robusto camarero de sucia chaquetilla. Nuestros personajes se habían sentado a una mesa en un rincón: sucios, andrajosos, con una barba de varios días. Ante cada uno había una jarra de cerveza medio vacía. Peroraba el Escritor...

—...Yo me figuro este edificio como un templo gigantesco. Todo lo que ha creado la imaginación, la fantasía y el osado pensamiento del hombre son ladrillos, ladrillos de oro con los que se han levantado las paredes de este templo: filosofía, libros, lienzos, teorías éticas, tragedias, sinfonías..., hasta, ¿por qué no?, las ideas científicas fundamentales más audaces. Todo eso pase... En cuanto a vuestra tecnología, los altos hornos, las cosechas, todo ese tráfigo para trabajar menos y jalar más, son los andamios, los cabríos... Naturalmente, son necesarios para construir el templo, sin ellos el templo sería absolutamente imposible, pero ceden, se desmoronan, son levantados de nuevo, primero de madera, luego de piedra, de acero, de plástico finalmente, pero no pasan de ser cabríos para levantar el gran templo de la cultura, objetivo magno e infinito de la Humanidad. Todo muere, todo se olvida, todo, desaparece, queda sólo este templo... Hablando con franqueza, la Humanidad en general existe únicamente para...

El Profesor tomó un sorbo de la jarra y gruñó:

—¿Y usted se atreve a responder a la pregunta de para qué existe la Humanidad?

—No me interrumpa —atajó el Escritor—. Eso es descortesía. ¡únicamente —continuó— para producir obras de arte! Imágenes de la verdad absoluta. Eso, por lo menos, es desinteresado...

Hubo una breve pausa. De pronto el Escritor se sonrió, irónico:

—Es una broma —añadió casi turbado—. Aquí la cerveza... ¿Esto es cerveza? ¿Qué les parece, nos tomamos otra ronda?

—Yo no tengo más dinero —dijo el Profesor.

—Y yo tampoco —profirió con voz decaída el Escritor.

—Usted presumía que le fían en todas partes —dijo irritado el Profesor al Escritor.

—¡Sí! —respondió el otro, desafiador—. ¡En todas partes! Menos aquí.

El Guía echó sobre la mesa varias monedas menudas mezcladas con basura, movió las monedas con un dedo contándolas.

—Aquí tienen —dijo—. Hay bastante para otras dos jarras. Vivimos.

En este momento junto a la mesa apareció el camarero, colocando con destreza ante ellos jarras llenas con copetes de espuma y retiró las jarras vacías. Mirándolo, el Guía, con aire compungido, golpeó con la sucia uña la exigua pila de monedas. El camarero hizo un gesto tranquilizante y desapareció.

—¡Es un lector mío! —anunció con aire significativo el Escritor—. ¡Me ha reconocido!

El Guía y el Profesor lo observaron: su semblante sucio y sin afeitado, el enorme cardenal que le rodeaba el ojo derecho, el trapo ensangrentado que le ha caído sobre la frente; lo observaron y después, sin decir palabra, bebieron largo rato de sus jarras.

—No —dijo el Guía—. Esto no es beber, muchachos. Ahora mismo le telefono a mi mujer y le digo que me traiga dinero.

El Escritor lo sujetó de la manga.

—¿Para qué? Voy a telefonar a cualquier redacción...

El Guía lo rechazó.

—Tranquilo... Soy yo quien convida y no tú. No te muevas.

Se acercó al teléfono automático, marcó un número y en este momento vio por la ventana a su mujer que se dirigía hacia la cafetería. Colgó el teléfono y retornó a la mesa. La mujer se acercó a la mesa y le dijo al marido:

—Bueno, ¿qué haces aquí sentado? ¡Vámonos!

—Ahora mismo —dijo—. Siéntate un poco. Siéntate con nosotros. ¿Es que llevas prisa?

Ella se sentó de buen grado, lo tomó del brazo y recorrió con la mirada al Escritor y al Profesor.

—Saben ustedes —dijo—, mi mamá estaba en contra que me casara con él. Porque él era un auténtico bandido. Le tenía miedo toda la comarca. Era guapo, ágil como... Pero, mi madre decía: si es un Stalker, si es un suicida, si se pasa la vida en la cárcel... y los hijos. Recuerda, decía, los hijos que suelen tener los Stalker... Yo no discutía con ella. Todo eso lo sabía perfectamente: que era un suicida, que se pasaba la vida en la cárcel, sabía lo de los hijos. Pero, ¿qué podía hacer yo? Estaba segura que con él sería feliz. Sabía, claro, que también pasaría muchas penas, pero pensaba: más vale una felicidad amarga que una vida gris. Pero, puede ser que todo esto se me haya ocurrido ahora. Entonces él se me acercó y me dijo cariñosamente: «¡Oye, vente conmigo!» Y yo me fui. Y nunca me arrepentí. Nunca. Las pasamos mal. Tuve que aguantarme el miedo. Me daba vergüenza y a pesar de todo no me arrepentí nunca y no envidié a nadie. Él tampoco se arrepintió ni envidió. Es que el destino es así. La vida es así, nosotros somos como somos. Y si no hubiera penas en nuestra vida, no habría alegrías. Sería peor. Porque tampoco habría una felicidad así, ni habría esperanza. Eso es. Y ahora tenemos que irnos. Vámonos. La Monita se ha quedado sola.

Ambos se pusieron de pie.

—Estos son mis amigos —dijo el Stalker—. Hasta ahora no he conseguido nada más...

Se fueron.
El Escritor y el Profesor observaron como se alejaban.

FIN

Libros Tauro